

Ciclo de conferencias culturales del Colegio Nacional de Monserrat

Discurso del Señor Rector de la Universidad

Ing. Rodolfo Martínez

El hondo recogimiento de que nos hablara Magnasco, que siempre embargaba su alma cuando se acercaba a esta "sugestiva Córdoba" a la que nosotros tanto amamos, se hace presente en mi espíritu al pensar que después de 34 años de haber rendido en las aulas de este Colegio Nacional de Monserrat el examen de ingreso, vuelve por primera vez y con la responsabilidad del cargo que ejerzo, a resonar en ellas mi palabra. Uno en mi memoria la timidez del niño que penetraba en la enseñanza media por la puerta de esta Casa, a la emoción del hombre que al franquearla hoy, agolpa en su mente las reminiscencias del pasado y se detiene a mirar el camino recorrido; la vida y los años que se marcharon, los seres queridos que se fueron, los maestros que aquí enseñaban, los compañeros; el paso de la niñez que es inocencia, a la juventud que es entusiasmo y a la madurez que es serenidad; y contempla las cosas hechas, el andar, las dificultades, las luchas, los éxitos y los fracasos, esa trama sutil y honda que es la existencia humana y que cuando se hace un alto para mirarla, se nos aprieta el corazón aunque el panorama tenga la claridad del bien y el alma esa luz de oca-so que encienden los recuerdos y la paz.

Pero no son sólo los propios recuerdos que tienen gra-vitación profunda en este momento para mí de tan singular emoción; es que en esta Casa, en este viejo Colegio de la

Córdoba de todas las épocas, nos sale al encuentro, con expresión de vida, la historia y la leyenda, los hombres y los siglos, los hechos y las cosas. Son las piedras que hablan, es la campana que llama y que libera, como lo hizo siempre en los años idos y lo hará por siempre en los tiempos nuevos. Es el escudo con sus estrellas y sus llaves, el ciprés y las rosas, los lirios y las cruces. Son las ojivas que miran y las almas que vuelven. Aquí vinieron los jóvenes de la Colonia a formarse en la virtud. Y este era hogar suyo en los años largos de sus estudios; aquí vestían el traje talar y la estola encarnada y el bonete simbólico de los picos; aquí se sometieron a las constituciones severas de Argandoña, modificadas luego por las menos rígidas reglas de Caveró; aquí se plasmaron sus espíritus bajo la simpatía paternal de Muriel o la virtuosa bonhomía de Parras o la elocuencia brillante de Pantaleón García. Aquí el Angélico compartía su cetro con Suárez en las superiores concepciones de la teología, en la cual, en la vecina Casa del Obispo donde se les enseñaba, habían más tarde de graduarse como doctores de abolengo intelectual y de prestigio americano; aquí el griego les habría las puertas de los jardines de Homero y los latinistas con Peramás les hacían posible percibir en las fuentes mismas la sugestión y la belleza de los clásicos. Y aquí, como expresión del pensamiento, fué la primera imprenta; aquí estudiantes que fueron hombres célebres de la Colonia como lo señalaba Echenique en las laudatorias al fundador y los citara en gran número García en su sermón del Monserat. Aquí estudiantes que fueron hombres de la Revolución y jóvenes que fueron varones de la república.

Los Corro, los Salguero, los Cabrera y los Bulnes del Congreso de Tucumán; la casi totalidad de nuestros representantes de la Constituyente del 53 y el Deán de las reformas y de la revolución, Paz el de Ituzaingó y La Tablada, Vélez el sabio y Avellaneda el conciliador y el elocuente; y Córdoba entera en multitud de sus hijos y en el rodar de los años.

Y presidiendo esta marcha de niños que aprenden y de hombres que enseñan, alumbrando la caravana que avanza y desaparece en el tiempo pero en continuidad permanente y dejando siempre un saldo de cultura y de progreso, el espíritu de Duarte inmutable en su austeridad, renovado en la inquietud, perfeccionado en la ciencia, más eterno que el bronce que lo inmortaliza, recibe en las lecciones de todos los días el repetido homenaje de las generaciones agradecidas.

Y tengan estas palabras mías el significado de mi respeto profundo.

Por iniciativa del señor Rector del Colegio, que en su oportunidad me apresuré a aplaudir, comienza hoy un ciclo de conferencias de carácter cultural a cargo de un grupo de profesores cuyo solo nombre es garantía de acierto y fecundidad. Ellas merecen todo auspicio, porque cualquier destello de pensamiento recto o cualquier expresión de amor ordenado, ponen su nota de singular espiritualidad en la actividad naturalmente espiritual que el Colegio va cumpliendo por los caminos del tiempo. Por eso las manifestaciones de Arte, los principios de la Ciencia, los axiomas de la Matemática, las verdades de la Metafísica, las enseñanzas de la Historia, tienen benévola acogida en esta Casa que les pertenece por su destino original científico y docente. Porque ella nació para instruir a la juventud "en virtud y letras" y esta expresión sirve tanto para sintetizar la labor realizada como la que se ha de realizar. Y mirad que al decir de sus glorias cumplidas o esperadas, no obedezco a la sugestión de afectos filiales, pues no soy, como os he dicho, hijo de sus luces, sino a la admiración que despierta en cualquier espíritu sensible a las impresiones de lo bueno y de lo bello, el conocimiento de su trayectoria fecunda.

Pocos como él cumplen la misión de instruir a las generaciones nuevas, pero además la excelencia de los planes de estudio supera las posibilidades de la pura instrucción. Ellos se ordenan también a la formación completa de la per-

sonalidad, capacitándola por igual para la vida y para estudios superiores, las más altas finalidades éstas de la enseñanza media.

Los fines de instrucción se cumplen con el conocimiento del Universo en la gama variadísima de las Ciencias Naturales, que para espíritus mezquinos podrá aparecer inútil, pero que en las almas comprensivas fructifica, porque aunque las clasificaciones se pierdan en medio de la polvareda que levanta en el alma el paso firme de más hondas vocaciones, siempre queda una impresión de conjunto del aspecto material de la Creación, elocuente para hablar de tanta grandeza que encierra, al hombre que en su condición presente necesita de auxilios sensibles aún para las más finas sutilezas de sus raciocinios.

Los fines de formación se consiguen mediante la educación de la inteligencia por el ejercicio de disciplinas que son verdaderas gimnasias para la mente, como son las construcciones racionales del latín y la lógica de las matemáticas y al mismo tiempo la voluntad recibe el temple de lo noble y de lo bueno, en las conclusiones prácticas de la moral que enseña el cumplimiento de las leyes naturales y positivas y predica el hábito de las virtudes privadas y sociales, en las manifestaciones del arte, la poesía y la literatura en que toda una estirpe de preclaros ingenios arrebolan el alma con los resplandores de la belleza que crearon; en las enseñanzas ejemplares de la historia, que debe entenderse precisamente como el signo del pasado que permite usar de las viejas formas para moldear mejor la arcilla plástica de las cosas nuevas y de las generaciones que nacen.

Así entiendo hay que concebir la historia para que valga como ciencia de las cosas pasadas y de las glorias que fueron y también como experiencia aleccionadora de dolores sufridos, de amargas vividas y dolores llorados que cuando no moderan con su peso los tiempos que advienen, gritan, al menos al que los escucha, la posibilidad de sacrificados esfuerzos y de próximas penurias. Es así como resulta

justo Menéndez y Pelayo interpretando restrictivamente a Aristóteles y dando un alcance relativo a la sentencia del filósofo contenida en la Poética, que afirma a la Poesía más filosófica que la Historia. Esto es exacto cuando se compara el desarrollo de ambas disciplinas según el ejercicio de sus medios específicos, el juego en ellas de las condiciones accidentales, de los diversos elementos estéticos que caracterizan a ambas como obra artística; pero cuando se las pone en competencia de originalidad y se las compara en riqueza, se ve cómo los sueños pueden ser superados por las realizaciones, la fantasía colmada, rezagada o muerta por la opulencia inexhausta de la vida. Cuando ambas, historia y poesía, se asoman al borde de lo intemporal, a las génesis más hondas de todo proceso humano, a la universalidad de las conclusiones, a la firmeza permanente de las consecuencias, a la validez eterna de los arquetipos, al vigor docente de los ejemplos, a las valorizaciones éticas de la conducta, al ordenamiento jerárquico de fines e ideas, entonces las vemos igualmente profundas porque la intensidad y alcance de su penetración y la libertad con que interpretan, critican o construyen, se apoyan sobre la naturaleza humana, de la cual proceden, en paradójica comunidad de origen, los estímulos que nos hacen soñar con lo absoluto y la limitación que nos despierta en el orden de los seres finitos

Historia y Poesía que a veces se hermanan y se complementan en los hechos sublimes que acreditan el paso heroico del hombre por la tierra, como ocurre para gloria nuestra en la epopeya americana, que al decir del autor eximio de la tradición nacional "es Poesía de multitud de razas esparcidas en un continente inmenso, donde reverberan todos los climas, donde se levantan todas las alturas, donde luchan todas las fuerzas y a donde envían sus rumores solemnes todos los mares de la tierra; es el poema de la libertad de una humanidad virgen sobre una naturaleza primaveral. Esquilo marcará sus contornos colosales; Homero esculpirá los caracteres y describirá los combates de sus héroes; Milton en-

cenderá sus espacios e iluminará el mundo de las fuerzas ideales; Dante repetirá sus gemidos y descubrirá sus abismos; Ossiam coronará el conjunto de creaciones nebulosas y de fantasías soñadoras que mantengan eternamente la ilusión del misterio”.

Por último, como para afianzar aún más la unidad de estos múltiples estudios caracterizados por la vasta extensión de sus alcances, en los últimos años se inicia a los alumnos de Filosofía, ciencia ésta que ocupa el más alto rango en el orden del saber natural humano, por ser la de las más altas causas como la llamó el Estagirita.

La formación integral culmina entonces con la Sabiduría, guardando un paralelismo óptimo con el proceso natural del conocimiento, que se inicia en la humilde intuición sensible de cotidiana experiencia y asciende despacio hasta alcanzar las más geniales construcciones de la inteligencia.

Se templan las jóvenes mentalidades discuriendo sobre el problema de la verdad y del error, sobre las posibilidades del silogismo y la demostración, sobre los primeros principios y su validez, sobre el problema de los universales y las soluciones que al respecto ofrece la lógica o las dificultades que en su torno teje la sutileza viciosa de la sofística, sobre los misterios de la Ontología que escruta ansiosa las profundidades del ser y sus categorías, procurando arrancarle los inmensos secretos de la realidad y de sus leyes; sobre las intimidades del alma que la Psicología indaga sin cansarse, como recorriendo una interminable cadena de enigmas, sin llegar a conocerla nunca a fondo, como pensaba San Agustín, y sin poder penetrar del todo los recovecos del espíritu, sus insaciables anhelos de infinito, la luz de sus convicciones, la sombra de sus dudas, la angustia de la impotencia, la soberbia de la ceguera, sus amores, sus inquietudes, la alegría de sus placeres y la amargura de sus dolores, que se confunden y mezclan en contrastes inmensos de grandezas y miseria.

Apuntemos en esta breve recorrida, por el plan de es-

tudio, a manera de esquema, que nos muestre su sentido, más que de análisis que nos haga notable su riqueza, como todo está ordenado a la formación completa de la personalidad, según un principio de estricta analogía con los métodos de la sabiduría antigua, que encerraba en el Trivio y el Cuadrivio todo el saber medio reducido a la forma de sus siete disciplinas. Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Música, Geometría y Astronomía y reservaba para una enseñanza superior, las más graves preocupaciones del derecho, la Filosofía y la Teología.

Pero este conocimiento de los éxitos logrados y excelencia de medios de que disponemos para alcanzar un adecuado desarrollo cultural, no debe sumirnos en una admiración estática del pasado y del presente que detenga nuestra marcha; nuestra admiración por el pasado ha de ser dinámica, por el estímulo que signifique, y al presente, hemos de conservarlo en mejoramiento para que no pierda su carácter de cosa viva. Así marcharemos con las raíces hundidas lejos en lo que fué para recibir el aporte vital de su savia nutricia, pero sin pretender reanimar lo que el tiempo aquietó, porque lo viejo se repite en lo nuevo, no por un principio de identidad absoluta sino de semejanza analógica y por ello lo nuevo progresa, no tanto en el orden substancial, pues la esencia misma de las cosas no varía, sino en el orden de las condiciones accidentales, como progresa la ciencia humana con los aportes de la experiencia y las nuevas generalizaciones a que ésta da lugar.

Si esta idea sobre el progreso y el cambio fuera entendida y aplicada siempre así, si se volviese sobre el pasado, no para destruir lo que construyó siempre con esfuerzo y a veces con sangre, sino para aprender de sus virtudes, virtud, y de sus vicios, previsión, si el contenido permanentemente humano de sus lecciones, nunca se considerara anticuado, pues "lo que se da como anticuado y viejo cerca está de quedar abolido", como dice el Apóstol de las Gentes, en su carta a los Hebreos, habría en la vida, quizá, progreso sin re-

voluciones y en todos los tiempos, tal vez hubiera sido menos angustioso el advenimiento del momento presente.

Pero no podríamos señalar como completado el ciclo de formación espiritual de quienes llegan a esta Casa, para ilustrar sus mentes, si no enseñáramos con preocupación constante y a toda hora, la austera necesidad de someterse al imperio de los deberes morales, que son más fuertes y tan sagrados como nuestros propios derechos, si bien estos asoman siempre en el corazón humano como una exigencia de vida, cuando apenas el mundo nos abre sus puertas a caminos de fácil marcha y de soñar amable.

Porque la vida no es sólo, señores estudiantes, el gozar de la libertad, que tiene sabor de alegría y sonido de victoria en las almas juveniles; la vida es el cumplimiento de una misión, es un programa a llenar, es algo que tiene más substancia y más dignidad que el cómodo mirar el paso de las noches y los días, esquivando el esfuerzo cuando no la responsabilidad; es un deber imperioso para con los demás; es aprender a renunciar algo, es exigir pero también dar: es trabajo, esfuerzo, lucha, estudio, empeño, disciplina, virtud y hasta dolor, pero también recompensa, serenidad, paz, alegría, honor, triunfo y gloria, cuando se es capaz de ser fiel a la conciencia y de ser útil a los hombres.

Y así lo fué siempre y lo será mañana, porque es la Ley que nos impuso Dios. Es por eso que tiene imperio de inexorable y mandato de eternidad.

Estas verdades deben tenerlas en cuenta para aplicarlas y comunicarlas los que gobiernan y enseñan en esta Casa, lo primero porque es garantía de eficiencia en cuanto asegura la conservación de una continuidad centenaria en la misión docente que el Colegio cumple y lo segundo porque es bueno que los que aprovechan de ellas, conozcan los principios mediante los cuales es posible el beneficio que reciben.

Señores conferenciantes:

Ninguno de vosotros necesita presentación; sois harto conocidos en este medio que es el de vuestros afanes. Vuestra

voz es aquí más familiar que la mía y tal vez por eso yo he hablado ahora. Como sois docentes experimentados y sagaces y cumplís con vuestro deber de enseñar con la palabra y el ejemplo y hacéis escuela de sinceridad exhibiendo la vuestra, os sabrá a elogio el pensamiento aristotélico recogido por Horacio, cuyo sentido, mucho más profundo y general que sus palabras, nos sirve para expresar cuál es en la enseñanza la condición de una mies profícua: "no conmueve verdaderamente sino quién está conmovido".

Doctor Orgaz: Es aspiración de los que enseñan tener la autoridad de los maestros. La certificación de la vuestra os la han dado ya la opinión de los doctos y de los que aprenden. Mis palabras, pues, al ratificarla, nada añadirán a vuestro prestigio, pero es condición de mi cargo y muy grata a mi espíritu, servir a la verdad y honrar a la justicia.
